

EXITO. Es la primera escritora argentina que gana el Herralde.



Personaje. Publicó su primer libro a los 21 años. Con el tiempo se convirtió en autora de textos perturbadores, una rara avis que combina horror sobrenatural y realismo social. Acaba de ganar el Premio Herralde con una novela consagratoria.

POR GUSTAVO GRAZIOLI
FOTOS: ANDRÉS D'ELIA

MARIANA ENRIQUEZ LA DAMA DEL TERROR GÓTICO

Mariana Enríquez lleva mucho tiempo ocupando un lugar importante en la literatura argentina. Publicó su primera novela,

Bajar es lo peor, en 1995, con apenas 21 años. Desde entonces, fue creciendo y se consolidó como una rara avis del terror gótico, no sólo a nivel nacional. *Las cosas que perdimos en el fuego*, libro de cuentos que fue un éxito de crítica y de ventas, ganó, por ejemplo, el premio Ciutat de Barcelona a la mejor obra en lengua castellana en 2017. Pero este año, ella fue por más: *Nuestra parte de noche* (2019), su última novela, obtuvo el Premio Herralde, uno de los más prestigiosos en habla hispana. Y Enríquez, que también es periodista, editora del suplemento dominical Radar, de *Página/12*, se convirtió en la primera escritora argentina en ganarlo.

Hoy se la ve de un rubio estilo Kurt Cobain en el Unplugged de MTV –“Es para taparme las canas”– y en pleno dominio de los temas que fue tratando durante muchos años, como los mitos y leyendas populares, combinados con acontecimientos políticos y sociales que azotaron y azotan a la Argentina. “No aparece nada nuevo en mí. En *Nuestra parte de noche* usé todos elementos sobre los que leí y me interesé siempre. Esta vez los profundicé y les presté mayor atención”, explica. Esta última novela, la consagratoria, es coral, de 700 páginas, y está estructurada en torno a un mecanismo narrativo que no busca ser pretencioso.

El argumento hace eje en Gaspar, llamado a ser médium en una sociedad secreta, la Orden, que contacta con la Oscuridad en busca de la vida eterna a través de rituales atroces. Pero el destino de los seres dotados de esos poderes especiales, como Gaspar, es cruel, porque su desgaste físico y mental es veloz e implacable. Juan, su padre, intentará que eso no suceda. El trasfondo es la represión de la última dictadura militar y, más adelante, la incierta llegada de la democracia. El terror real y el sobrenatural se cruzan en un libro de un modo perturbador: un clásico de Enríquez.

¿Qué te atrae, por ejemplo, de San La

Muerte, al que retrataste con precisión quirúrgica?

El santoral pagano local no aparece mucho en la literatura argentina y me interesa hacer como una especie de rescate de eso. San La Muerte tiende a ser el santo que más se adecua a mi sensibilidad literaria. Rodolfo Walsh escribió un texto brillante sobre él y me parece un antecedente interesante, porque, como te dije, hay poco material sobre la religiosidad popular y también sobre la mitología de los pueblos originarios. San La Muerte me impresionó mucho desde chica porque parte de mi familia es de Corrientes y es un santo de la zona. Está particularmente en Corrientes y tiene el santuario ahí.

Recurriste a ese santuario para representar a San La Muerte en tu libro, ¿no?

Todos los San La Muerte que aparecen en el libro están ahí, no los inventé. En Corrientes, San La Muerte está en el ambiente. Si tu tío no tiene uno pequeño, lo tiene tu abuela o el vecino de al lado o una devota de la vuelta de tu casa. Mi familia no era devota ni nada por el estilo, pero todo el santoral está muy presente en la zona. Hace unos veinte años, el santo empezó a aparecer en Buenos Aires, por gente de Corrientes que se había mudado acá. Pero durante mucho tiempo no existía, a nivel iconográfico, en Buenos Aires. Por eso decidí tomarlo como una marca personal.

La muerte en general todavía parece ser tabú en nuestra cultura. ¿Por qué creés que existe ese miedo a nombrarla?

Suele llamar la atención que alguien escriba sobre la muerte, porque parece que estuviera tocando un tema del que nadie habla. Hay un intento por tratar de evitar lo imposible. Se refleja en un montón de aspectos. Está bien toda la cuestión del fitness, de cuidarse, de comer mejor, de vivir bien. Pero noto que mucha gente que hace eso no intenta tanto vivir mejor sino evitar la toma de conciencia de que un día va a morir. Morirse saludable. Todo esto provoca un estado de ansiedad. Es muy loco vivir tratando de evitar lo que es inevitable.

El personaje de Juan quiere evitarle algo a Gaspar. Pero no es exactamente la muerte, sino la vida de médium. ¿Por qué?

Porque su hijo sufre, porque la vida de médium es una vida de esclavo. Le quiere evitar una vida de sufrimiento. Juan, que también es médium, no toma la decisión de serlo. A él lo rescatan, secuestran y lo ponen en esa situación. Es un personaje muy ambiguo. Tiene muchísimo poder y lo disfruta porque es lo único que tiene. Su venganza con esta gente, a la que por un lado le debe un montón porque lo pusieron en un lugar de poder, pero por el otro en un lugar de explotación, es que su hijo no repita la historia. Lo que intenté durante toda la novela es quebrar la herencia y esto para mí es como una pregunta mayor: ¿es posible quebrar esa herencia en términos personales, políticos o estás condenado a repetir a tus padres y su historia? Cuántas veces a un hijo no se le cuentan determinadas cosas con la excusa de protegerlo, aunque el que se esté protegiendo sea el que no las cuenta.

¿Cómo fue el proceso de investigación que hiciste para escribir esta novela?

Lo que hice fue leer con más atención varios textos de ocultismo británico y de algún tipo de terror muy específico. Me puse a leer terror folk. Leí un poco de mitología argentina y otro poco de antropología. Hay un personaje de la novela, Rosario, que cuenta sobre una médium de África, donde hubo varias lecturas de textos colonialistas/expedicionarios británicos. No usé el tono pero sí el tipo de relaciones que se establecía en aquel momento, en esa cultura.

¿Tuviste alguna experiencia con algún médium?

Mi única experiencia relacionada vagamente con estas cuestiones es el tarot. Me gusta y lo tiro muy de vez en cuando. Y de muy pendeja jugaba al juego de la copa tomando vino sólo con el fin de asustarme, pero más como un entretenimiento que como otra cosa. Nada que ver con el espiritualismo ni nada que se le parezca.

En el programa *Conurbano*, de canal Encuentro, hablaste sobre la zona sur, más precisamente sobre Lanús, y ahí aparece el rastro de tus primeras obsesiones/miedos. Algo de ese paisaje del conurbano aparece en esta novela...

Mi barrio era Valentín Alsina (N. del R.:

Tres libros con historias atroces y adictivas.

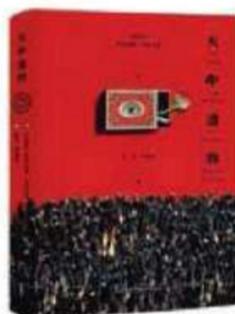
NUESTRA PARTE DE NOCHE
Un padre y su hijo viajan desde Buenos Aires hacia las cataratas del Iguazú en plena dictadura militar. El padre intenta proteger al muchacho de un destino atroz que le ha sido asignado.



LOS PELIGROS DE FUMAR EN LA CAMA
Doce cuentos siniestros y cautivantes, con apariciones espectrales, brujas, sesiones de espiritismo, grutas, visiones, muertos que vuelven a la vida.



LAS COSAS QUE PERDIMOS EN EL FUEGO
Lo cotidiano se vuelve pesadilla en estos relatos terribles y adictivos en los que abundan los personajes femeninos. Abajo, la tapa de la edición china.



donde todavía vive su mamá). Teníamos muchas fábricas abandonadas alrededor y había una que me daba muchísimo miedo. La fábrica Campomar. Muchos años después me enteré de que había una investigación abierta sobre un centro de detención clandestino que existía ahí. Siempre dio miedo ese lugar. Hay una parte de la novela, que después saqué, que transcurría en un lugar así. Se trataba de un Gaspar adolescente, de unos once o doce años, que pasaba el tiempo con sus amigos en un cementerio de heladeras. Yo tengo un vago recuerdo de un cementerio de electrodomésticos de cuando fundió Siam. Me acuerdo de que entre los niños del barrio, entre otros mitos tenebrosos, se comentaba que no había que ir porque si abrías una heladera y después la cerrabas, te quedabas atrapado adentro y te morías.

Sur, el terror y después

Los primeros pasos en la vida de Enriquez transcurrieron en esa zona sur del conurbano bonaerense, rodeada de fábricas abandonadas y de un basural de objetos que quedaron de una industria que se fue extinguendo en un contexto político sin futuro. Entrada la adolescencia, Enriquez se mudó a La Plata para estudiar. En la ciudad de las diagonales –diseñada por masones– visitó por primera vez un cementerio. “Están todos los masones enterrados ahí. Tienen como tumbas egipcias”, explica. Se recibió de periodista. Y aquella imagen de La Plata fue la postal que le inspiró el cuento largo *Ese verano a oscuras* (Páginas de espuma, 2019), que escribió en paralelo a *Nuestra parte de noche*.

“Transcurre en el ‘89, durante los cortes de luz de Alfonsín, y también lo puse a Gaspar ahí. Lo escribí sin darme cuenta de que estaba trabajando con las mismas obsesiones. Lo ambienté en esa época: final del gobierno de Alfonsín, levantamientos militares, cortes de luz. Había una cosa de educación sentimental en la que tus padres no te prestaban ningún tipo de atención. El que no estaba deprimido, estaba buscando trabajo o preocupado o arrepentido de haber traído un hijo al mundo. Estabas, en un aspecto, como súper suelto. Una especie de libertad horrible. Y el tema de andar sin electricidad resultaba muy raro. No tener tele o poder verla por cuatro horas era rarísimo.”

LA VIDA Y LA MUERTE

Enríquez dice que la obsesión por vivir sano muchas veces responde a la negación de que vamos a morirnos.



“NO ESCRIBO PARA EXORCIZAR FANTASMAS. ESO QUEDA PARA MIS AMIGOS O MI TERAPEUTA.”

...

La literatura de Enríquez no flota etérea en un cúmulo de palabras: hunde sus raíces en el entorno político. Durante su primer año en la carrera de periodismo, desapareció, a manos de la policía, su compañero Miguel Bru. Algo de ese hecho aparece retratado en su última novela. “No estoy escribiendo terror en el aire. No tengo solamente un interés literario. Al escribir uso mi experiencia, no la personal: no cuento mi vida, porque me parece poco interesante. Pero a mi vida cotidiana la rozan eventos que tienen que ver con lo político a nivel macro y aquella desaparición fue uno de ellos. Lo personal entra en contacto siempre con la vida política y la historia de un país. La novela tiene mucho más que ver con eso”, aclara.

¿Escribís para exorcizar esos fantasmas?

No, no escribo para eso. No entiendo mucho lo que significa, en realidad. A los fantasmas se los bancan mis amigos o mi terapeuta. Para mí, escribir no es algo terapéutico. El 80 por ciento de las cosas que aparecen en la novela, la religiosidad popular, un hombre andrógino medio enfermo, estilo Lord Byron, o más tarde la poesía, la política, o específicamente un momento de la sociedad argentina que transcurrió a fines de los 80, principios de los 90, son obsesiones mías. Pero no estoy exorcizándolas porque me duelan. Son las cosas que me obsesionan y de las que me gusta escribir.

¿Qué es la literatura para vos?

Es una forma de armar un sistema con todas mis obsesiones y con la investigación a la que me llevan esas obsesiones, para tratar de saber por qué llego a esas cosas. Por qué esas obsesiones se terminan entroncando con mis cuestiones personales. Lo que hago cuando escribo literatura es ordenar mis planetas. ■